

Cálido AGRADECIMIENTO

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA SAN PABLO

LUIS RAMIRO BELTRÁN SALMÓN

Las palabras generan palabras, pero también pueden provocar silencios. Silencios como el que me atenazó cuando nuestra academia me sorprendió con el anuncio de su noble determinación de brindarme esta distinción. No atiné entonces a agradecer más que con un abrazo tan fino obsequio de su camaradería. Y, puesto que lo que cala hondo en el corazón se hace inefable, temo no atinar tampoco ahora a trasuntar a cabalidad lo que siento al recibir de mis cofrades este reconocimiento.

Apelo, pues, a la benevolencia de todos ellos para que acepten mi más cálido agradecimiento por el honor que fraternalmente me confieren y por el placer que con ello me dispensan. Reciban en particular los académicos Carlos Castañón, Raúl Rivadeneira, Jaime Martínez y Edgar Avila (representado por Carlos Coello), mi mayor expresión de aprecio por las generosas palabras con que han querido reseñar mis afanes en el reino encantado y encantador de las letras. Y acoja cada uno de los académicos la reiteración de mi complacencia por el privilegio de ser compañero suyo en la secta de los enamorados de la bella lengua que hicieramos nuestra ya hace cinco siglos.

Me agrada y me beneficia alternar en el seno de esta comunidad con lexicólogos, críticos, poetas, narradores e historiógrafos. Admiro su talento y erudición tanto como su disciplina y su productividad. Y, al conjuro del mandato espiritual que nos une para “limpiar, fijar y dar esplendor” al idioma nuestro, me regocijo de veras contando con su amistad.

Amo a las letras desde que tengo uso de razón. Ya antes de entrar a la escuela tuve por

maestros de alfabetización y lecturas a mi madre, la periodista Betshabé Salmón, y a mi tío-abuelo, el historiador y teósofo orureño Marcos Beltrán Avila. Guiado por él descubrí cosas del pasado de nuestra patria y comencé a aprender a reflexionar sobre lo humano y lo divino, sobre el amor y el arte, sobre el bien y el mal, sobre la guerra y la paz. Y, encaminado por ella, entablé temprano relaciones con Alí Babá, Simbad y Aladino, y accedí al mundo fabuloso de Andersen, Grimm y Perrault. Pero mi mayor deleite fue descubrir los cuentos de un escritor muy distinto a aquellos: el uruguayo Constancio Vigil. Al cumplir mis diez años de edad, mi madre me hizo el regalo maravilloso de llevarme a conocerlo en Buenos Aires; una experiencia que atesoraría para siempre.

A fines de la primaria y a principios de la secundaria, mis maestros de colegio poblaron mi espíritu de admiración por Verne, Stevenson, Kipling, Salgari, Wilde, Dickens y Edgar AlanPoe. Me presentaron a Hansel y Gretel, a Robinson Crusoe y a los Tres Mosqueteros. Y me hablaron de Murillo, Pagador y Bolívar. A los libros se sumaron revistas argentinas, como **Billiken** y **El Tony** y chilenas como **Peneca** y **Purrete**. Gracias a ellas me hice pronto amigo íntimo de Sandokán, Mandrake, Sherlock Holmes, Tarzán y el Fantasma. Y un día me encontré –creo que con júbilo–, con las primeras crónicas de magazine en

Pero la más entrañable de todas sigue confinada a lo más hondo de mi espíritu: la literatura de ficción, mi amor antiguo, secreto y postrero. Me fascina el arte narrativo.

publicaciones extranjeras como **Aquí Está, Leoplán y Veá**. En fin, crecí devorando papeles con avidez, ejercitándome a soñar con el universo desde mi amada parroquia del Oruro de los años 40.

¿Influencia de ese mundo de papel? ¿Inclinación hereditaria?

¿Estimulación hogareña y escolar? No sé cuál de estos factores habrá sido más decisivo en el caso, pero sí recuerdo que sentí muy temprano en la vida –tal vez ya entre los ocho y los diez años de edad–, la necesidad de escribir.

A menudo se me encomendaban en la escuela oraciones cívicas, discursos celebratorios de efemérides como los días del maestro y de la madre, palabras en festejos de cumpleaños y hasta algún obituario.

A mis doce años de edad, en 1942, mi madre –consciente de mi vocación de escritor–, logró que el director del diario **La Patria**, don Rafael Ulises Peláez, me recibiera como aprendiz de reportero. Amigo de ella y de mi padre, el periodista y crítico literario Luis Humberto Beltrán (muerto en la guerra del Chaco), don Ulises me incorporó cariñosamente a su cuerpo de redacción. Así

comenzó, pues, mi aprendizaje para el ejercicio del periodismo, teniendo por remuneración sólo una entrada semanal al cine; pero mi recompensa mayor fue la alegría de vivir escribiendo todos los días croniquillas para un periódico.

Trabajé posteriormente en otros dos diarios de mi pueblo. Y en 1944, a los catorce años de edad, fundé en él una revista estudiantil. Dos años más tarde el nuevo propietario y director de **La Patria**, don Enrique Miralles, me reincorporó a ésta honrándome con la jefatura de redacción. Y otros dos años después, cuando terminaba la secundaria en La Paz, accedí al diario **La Razón** como redactor. Sólo dejaría la práctica cotidiana del oficio de prensa el día de abril de 1952 en que –como lo iría a recordar su último director, Guillermo Céspedes–, “Bolivia perdió La Razón”. Seguí escribiendo, sin embargo, para prensa por los tres años siguientes, pues fundé un semanario humorístico, fui corresponsal de publicaciones del exterior y manejé el servicio noticioso de una radioemisora. Mi escuela de periodismo fue así la sala de redacción de diarios y revistas. Mis maestros,

presenciales o a distancia, fueron, por tanto, otros cronistas, los que ya habían hecho su noviciado en las letras cotidianas por el viejo método de ensayo y error. En 1949, cuando obtuve en La Paz el bachillerato en humanidades, no había aún en nuestro país una facultad universitaria que formase periodistas. Soy, pues, en esto hijo de la práctica intuitiva.

Fue igualmente por esa vía empírica que encontré en 1953 a mi segundo amor en materia de letras: el de escribir guiones de cine. Me indujeron a ello mis amigos Jorge Ruiz y Gonzalo Sánchez de Lozada. El primero de ellos se constituyó –sin pizarra ni pupitre, pero con diálogo rociado de “café con malicia”–, en mi maestro de ese oficio que me cautivó de inmediato. En 1954 tuvimos la fortuna de que la película **Vuelve Sebastiana**, una documental antropológica dirigida por Jorge sobre un guión mío, obtuviera para Bolivia por primera vez un premio en un concurso internacional. Y fue esa también la primera vez que yo sentí la fruición del éxito en el campo de la escritura, pues hasta entonces mi única recompensa –pero siempre la mejor–, había sido simplemente la del placer de escribir. En el mismo año 1954 hallé a mi tercer amor en materia de letras: el de escribir para educar al pueblo para el desarrollo. Esto fue algo totalmente inusual e imprevisto para mí; una suerte de feliz accidente de trabajo. Estando yo desempleado por el

cierre de **La Razón**, un experto norteamericano en comunicación para el desarrollo rural, Frank Shideler, me convenció de trabajar con él, y a fin de habilitarme para ello, me mandó a estudiar en Puerto Rico y Estados Unidos por algo como ocho meses. Entonces ni siquiera en aquel país había formación académica regular en comunicación. Pero en algunas universidades se daban cursos cortos prácticos en tal materia ya con aplicación específica a los requerimientos del desarrollo nacional. Fue en ellos que aprendí a escribir para educar, para ayudar a forjar conductas propicias al cambio social orientado hacia la conquista de la modernidad. Aunque este aprendizaje también me fascinó, no advertí al principio que aquello estaba comenzando a constituirse en una profesión, en una subdisciplina de la comunicación humana. Pero resultaría dedicando a esta especialidad mis mayores empeños por algo más de tres décadas a partir del año 1955, en que salí de Bolivia a trabajar en un organismo internacional. Pasaría los diez años siguientes enseñando por toda la región principios y técnicas de comunicación para el desarrollo. Y, como no había para este fin literatura en español, tuve que emplearme a fondo para contribuir a aliviar dicha carencia; entré así, acaso sin darme mucha cuenta de ello tampoco, en el terreno de la producción de literatura técnica y didáctica. Y esa intensa dedicación me alejaría por buen tiempo del escribir para prensa. Viví mis primeros seis años fuera de Bolivia en Costa Rica. Antes de ello, como entre fines de los 40 y principios de los 50, había escrito unos pocos versos.

Cálido...

(VIENE DE LA PÁGINA 3)

Pero fue en aquel país centroamericano que resulté escribiendo varios más. ¿El embrujo del trópico? ¿La pasión romántica de la juventud? ¿La nostalgia de la patria lejana? No lo sé, pero esos escritos no verían la luz de publicación por muchos años y no sin sufrir podas y sangrías. ¿Configuró ello, sin embargo, mi cuarto amor en materia de letras? Creo que sí, pero fue una pasión inconfesa, reprimida por la timidez y la inseguridad.

Además, a diferencia de los otros, este romance no surgió de mi voluntad. Sólo muy rara vez pude escribir un poema por decisión propia y consciente. Los versos fueron deslizándose con lentitud y al azar desde la mente y el corazón hasta los dedos sin que yo supiera exactamente cómo ni cuando. Yo no los gobernaba; ellos venían a mí de vez en cuando sin plan, aviso ni concierto o, por largos períodos, no me llegaban del todo. ¿Capricho de las musas?

Radicado en Perú a partir de 1961, seguí escribiendo poemas

ocasionalmente, pero fue allá donde encontré a mi quinto amor en materia de letras: la dramaturgia. Había tan buen teatro en la capital limeña que desarrollé sin demora una adicción al mismo. Y de tanto ver teatro, embelesado, un día me sorprendí a mí mismo bajo la compulsión de escribir una obra teatral. Me aventuré a hacerlo sin más asistencia para ello que la de unos pocos libros revisados de prisa entre un viaje y otro. Pero nunca me atreví a llevar esa obra, que titulé **El cofre de Selenio**, a ningún director teatral. Y así quedaría ella sumida en mis archivos por muy largos años. Sin embargo, aquella experiencia de haber escrito para la escena se me hizo muy gratificante.

Entre 1965 y 1970 me tocó en suerte aprender en Estados Unidos una forma de pensar y de escribir totalmente distinta a las anteriores: la de la lógica y el discurso de la ciencia. Los estudios conducentes al doctorado en comunicología me llevaron así hacia mi séptimo amor en materia de letras, el de la escritura para la investigación y la teorización

académicas. De cultivar el arte de producir mensajes pasé entonces a cultivar la ciencia de producir conocimientos. Pero lo uno no me hizo renunciar a lo otro.

Situado en Colombia y en Ecuador desde 1970 hasta 1990, llevando entrelazadas en mi mochila de sueños las seis maneras de escribir que la vida me fuera enseñando, retomé entonces contacto frecuente con Bolivia. Volví a la prensa, principalmente por medio de revistas y de suplementos de diarios. Explicablemente imposibilitado de hacer noticia o comentario del día, intenté a menudo practicar a la distancia lo que suele llamarse “periodismo literario”; la crónica coyuntural o la nota intemporal que aspira a conjugar la objetividad con la creatividad. Pero dediqué la mayor parte de mis esfuerzos en los setentas y ochentas a los escritos de investigación y de teoría de comunicación para el desarrollo humano y democrático. Sin embargo, desde Bogotá y, a partir de mediados de los 80 desde Quito, incursioné ocasionalmente en el terreno

literario. Invitado por el Convenio Andrés Bello, acepté feliz el delicado desafío de publicar en 1982 una reseña y antología de la poesía boliviana. Nuestro esclarecido conductor de tantos años, Monseñor Quirós, me honró poco después dando paso en **Presencia Literaria** a algunos de mis poemas y esto me alentaría a publicar más tarde en Bolivia una selección de ellos titulada **Pasos en la corteza**. Y gracias a Raúl Rivadeneira y Carlos Coello, por una parte, y a Carlos Rosso y Ronald MacLean, por otra, mi obra teatral **El cofre de Selenio** tuvo dos ediciones luego de haber ganado –extraída de viejas carpetas por una piadosa mano secretarial–, el Premio Único de Teatro de 1987 en Ecuador. Ella fue estrenada en Bolivia por Maritza Wilde y aún vive en mí la emoción que me embargó entonces al ver – ¡al fin!–, mis personajes hechos carne y luz en la escena en 1991.

Fue en aquel año que me reintegré a la patria. Y desde entonces hasta hoy he recurrido alternativamente a dos o tres de

las herramientas de mi mochila: la de periodismo, la de comunicación educativa y la de investigación científica.

Pero la más entrañable de todas sigue confinada a lo más hondo de mi espíritu: la literatura de ficción, mi amor antiguo, secreto y postrero. Me fascina el arte narrativo. Poco apto para el cuento –ese bello arte de la concisión–, amo la novela, reina de la imaginación y el ensueño. Siento predilección por la contemporánea de nuestra América.

Desde hace muchos años llevo en el corazón bocetos para una novela mía y, en la búsqueda de trama adecuada para ella, surgió un día sobre mi mesa, por cuenta propia y tercamente, un esquema para otra. ¿Por qué no desarrollarlas y atreverse a sacarlas a la luz? Porque me inhibe un poco el hecho de no haber tenido ninguna formación literaria académica ni, menos, estudio formal alguno de narrativa. Y luego porque me aquejan –lo confieso–, dos vicios en apariencia incurables. Uno es el perfeccionismo, la insensata manía de aspirar a lo óptimo aun sabiendo que “lo

mejor es enemigo de lo bueno”; la exacerbada pasión por el detalle, la prolijidad excesiva. Y el otro es el exhaustivismo, la enfermiza obsesión de explorar todo el bosque antes de poder detenerse ante un árbol. Lejos de ser virtudes, éstas vienen a ser por su grado por lo menos en mi caso–, taras esterilizantes que consumen indebidamente tiempo y energía, llevándome a desechar dos de cada tres páginas que escribo.

Ya en rumbo a los setenta años de existencia, todavía salto al teclado instrumental en la madrugada de cada día. Descartando con pesar por inviábiles varios proyectos de libro, me empeño ahora –quizás febrilmente–, sólo en alistar para la imprenta una crónica íntima de la guerra del Chaco y por lo menos una de las dos novelas de tan larga fermentación. Ruego a los miembros de esta docta y entrañable corporación que crucen conmigo los dedos para que no me llegue de arriba la señal epilodal –la “tarjeta roja”–, antes de cumplir este abrasador anhelo. Desde ya, gracias por ello, caros cofrades.